Ordenación diaconal de Enrique Ormazabal

Homilía. Buen Pastor, 15 de junio de 2024

Queridos hermanos, celebramos hoy el día de la Santísima Trinidad, una jornada que en la Iglesia se dedica también a recordar a la vida contemplativa en la Iglesia. Es la jornada pro orantibus.

Querido Enrique, hoy es un día de alegría para ti, también para los que te quieren, para los que te queremos. Todos vamos siendo testigos de cómo va creciendo y madurando en ti la vocación al ministerio presbiteral. Hoy celebramos como un pequeño hito en ese camino, que nunca es un punto de llegada, sino tan solo un paso más en el camino.

La Iglesia, en su discernimiento, corrobora en ti hoy el don de la vocación al ministerio ordenado. A partir de ahora, tendrás ante los demás esa autoridad que te da la Iglesia para ayudar al obispo y a los demás sacerdotes en el anuncio de la Palabra, en la asistencia litúrgica en algunos ritos y sacramentos y, sobre todo en la ayuda a los pobres, enlazando así con la tradición más genuina de la Iglesia.

Para ti el ministerio diaconal no es sino un ministerio de paso obligado. La Iglesia así lo exige. En ti no será un ministerio permanente, pues, si Dios quiere, más adelante serás ordenado presbítero. Quién sabe si algún día el Señor te llame al episcopado. Quién sabe. Así, aunque es un ministerio en tu caso transitorio, el diaconado es una dimensión del ministerio que profundiza en el significado profundo de todo ministerio y por tanto, es algo que marca también tu vida para siempre.

Ser diácono significa ser servidor; representar sacramentalmente ante la comunidad a Cristo servidor, que no vino a ser servido sino a servir. Esa es la naturaleza más profunda de todo ministerio en general y, por supuesto, del diaconado en particular.

El ministerio que recibes lo recibes dentro del pueblo de Dios, del que tienes que recordar siempre, y también hacernos recordar a los demás, que tan solo eres parte, y que el don que el Señor te ha concedido no es más que un don de servicio para edificación de su Iglesia. Has de comprender bien siempre ese entramado de relaciones sacramentales con Cristo y con el pueblo de Dios al que eres enviado a servir.

Todo ministerio es, por tanto un servicio. Un servicio *en*, *con* y *para* la comunidad.

Queridos todos, os invito a acoger a este nuevo diácono, Enrique, como nuevo miembro del cuerpo de ministros ordenados en nuestra iglesia de Gipuzkoa y a ver en él un signo de Cristo Servidor.

Traigo aquí las palabras de San Agustín, que el propio recién elegido Papa Leon XIV recordó en su primera aparición en el balcón ante la Plaza de San Pedro. Como buen hijo de San Agustín, nos recordó aquello que decía el santo de Hipona y gran Padre de la Iglesia sobre su propio ministerio episcopal. *Cum vobis*, *pro vobis*. «Con vosotros soy cristiano, para vosotros soy obispo». Que seas siempre un miembro dentro de los miembros del pueblo de Dios, *Cum vobis*, reflejando con tu estilo de vida, *pro vobis* (por vosotros, por los demás, a vuestro servicio). Cuando uno deja de comprender que el ministerio es un servicio, acaba pervirtiendo lo que significa el verdadero ministerio ordenado, no sirviendo a los demás, sino más bien sirviéndose de los demás. Ese *pro vobis* mal entendido, da pie al clericalismo, un verdadero mal para la comunidad cristiana. *Pro vobis* no significa un “para” vosotros en el sentido de que los demás vean lo que uno es ante ellos, lo importante que uno es, lo que uno significa, el poder que a uno le da el hecho de ser ministro ordenado, como si tuviera una placa de *sheriff* o una licencia especial que los demás no tienen y han de mirarle a uno por el hecho de llevarla. El *pro vobis* hay que entenderlo bien. Se trata de un *para-los-demás* en el sentido de un “para” de servicio, para edificación de la comunidad, de la Iglesia.

En la medida en que así vivas, ganarás verdaderamente la autoridad (auctoritas) ante los demás. Será una autoridad moral para los demás. Una autoridad conquistada, sobre todo, por la santidad de tu vida como ministro, en la que has de empeñarte y en la que has de profundizar constantemente. Tu santidad está, precisamente, en vivir entregado al ministerio, al servicio, queriendo reflejar con tu vida la vida de Jesús. Es lo que un día os hablé en el seminario sobre lo que en teología del ministerio se llama el “celo pastoral” o la “caridad pastoral”. Es celo de pastor, celo por servir, celo por atraer a todos a Dios, celo por acompañar, sobre todo a quienes más lo necesitan, celo por hacer bien las cosas relacionadas con el ministerio. El celo pastoral es la entrega, el servicio. Es ahí, y solo ahí, en el servicio a imitación de Cristo, donde el ministro encuentra el sentido, la razón de ser de su ministerio. Ahí encuentra el sentido, su propia felicidad, su propia santificación.

Quisiera darte cuatro consejos en este día Enrique. No es la primera vez que los escuchas. En alguna ocasión similar a esta los he recordado. Son consejos del difunto papa Francisco de feliz y reciente memoria todavía, para los que viven el ministerio en la Iglesia. Francisco nos invitaba a vivir cuatro cercanías. Así te las propongo.

Primero: cercanía con Dios; un ministro ordenado necesita estar con Dios para no desorientarse en el camino. Es en ese diálogo personal y en esa conversación con el Señor (la oración, la contemplación…) donde uno escucha aquello que quiere transmitir a los demás. Es ahí donde encuentra razones, sentido, luz. Es necesario cien por cien, y hoy cada día más, que los pastores estén unidos a Dios íntimamente; por eso la oración diaria es importante en tu vida. Y diaria significa “todos los días”. Todos los días, hasta el fin de tus días. Ponte un horario fijo en medio de tus quehaceres. La constancia y el orden te ayudarán.

Segundo: cercanía a tu obispo, del que recibes el ministerio y con el que te conectas a la Iglesia diocesana y te conectas también con la Iglesia universal. Unido al obispo encontrarás en él un apoyo cierto, un punto de unión siempre claro que te garantiza la unión con toda la Iglesia diocesana y con la Iglesia universal a la que siempre tenemos que estar conectados y con la cual hemos de estar en plena comunión y sintonía cordial (*cum Petro et sub Petro*).

Tercero: cercanía a tus otros hermanos ministros ordenados, sacerdotes y diáconos. Nunca es ni sano ni bueno querer caminar solo. El sacerdote necesita de los demás sacerdotes. Forma con ellos un *presbyterium*, un colegio de hermanos. Compartir la vida con los que viven entregados al ministerio refuerza el propio ministerio. Los discípulos misioneros, acompañan a los discípulos misioneros. Las relaciones con los demás hermanos del presbiterio ha de ser siempre algo querido y buscado por ti. Entre todos nos ayudamos y crecemos. A ser ministro se aprende siéndolo y escuchando con humildad la vida que resuena en los demás. No te creas que lo sabes todo ni que por ser más joven ahora eres más fuerte o más santo que los demás hermanos. Escúchalos con humildad y déjate aconsejar bien por los que van por delante en el camino. Frecuentar a los hermanos sacerdotes ha de ser prioridad en tu agenda mensual, como ha de ser prioridad la oración en tu vida diaria.

Y finalmente, la última cercanía: cercanía al pueblo, que es de quien has recibido fundamentalmente la fe. Ese pueblo ha de ser siempre tu ubicación fundamental. Ese pueblo de Dios va caminando con nosotros, muchas veces va por delante y nos enseña y da lecciones a los pastores de verdadera misericordia, de verdadero amor, de verdadera esperanza. Un pastor sin su pueblo, un pastor sin su comunidad no es nunca nada. Una comunidad sin pastor, tampoco. Recuérdalo siempre: ellos te necesitan, pero tú también necesitas de ellos.

No te ha de faltar nunca el cariño de tu pueblo si tú te entregas con amor y con cariño a ellos. No dejes nunca de sembrar el Evangelio a través del cariño y la cercanía con la gente a la que vas a servir.

Querido Enrique, todo esto he querido señalar y señalarte en la homilía de tu ordenación diaconal. Que seas un servidor a imagen del amigo Jesús. A partir de ahora, en tu nuevo destino en Bergara, comenzarás tus primeros pasos. Déjate guiar también por D. Imanol Prieto, que será de alguna manera como tu Coach, tu entrenador. Quedas en manos de un buen sacerdote. Haced equipo con los demás sacerdotes de aquella zona y seguid al Señor con alegría. Enhorabuena a ti, también a tus padres y familiares aquí presentes. Que el Señor te acompañe en el camino.